

# Territorios

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

David Roas, *Territorios*  
Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 978-84-8393-383-1  
Depósito legal: M-2548-2026  
IBIC: FYB

© David Roas, 2026  
© De la ilustración de cubierta: Fernando Vicente, 2026  
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2026

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

David Roas

**Territorios**  
Apuntes sobre Agrohorror





## ÍNDICE

El gañán entre el centeno .....	11
<i>A matanza do porco</i> .....	27
La invasión de los ladrones de huertos .....	35
Listo para usar. ....	53
La conjura de los recios .....	57
La noche de los puercos vivientes .....	69
Rituales .....	81



*Hay gente muy rara. Aquí mismo, en el pueblo.*  
Laird KOENIG, *La chica que vive al final del camino*

*Pobres forasteros. Tienen tantas cosas que temer.*  
Shirley JACKSON, *Siempre hemos vivido en el castillo*

*–Dicen que hay un fantasma suelto por el pueblo.  
Uno de esos que se divierten haciendo «putás».*  
*–Pues yo no he escuchado nada.*  
*–Lo han contado en el casino.*  
*–Que los fantasmas se aparezcan a todos menos a  
nosotros, con la falta que nos hace.*

Enrique BULEO, *Bodegón con fantasmas*

*People are strange, when you're a stranger.*  
THE DOORS, «People Are Strange»



## EL GAÑÁN ENTRE EL CENTENO

*Al final es uno mismo el que deja entrar esas cosas.*

William GAY, *Hermana muerte*

*Para Eduardo y Emma, lectores cómplices*

EL ASUNTO DE LAS APARICIONES me lo contaron después. Primero dejaron que me instalara en la vieja casa. Quizá no consideraron necesario informarme de que un fantasma se paseaba por las que, a partir de ahora, iban a ser mis tierras. O quizás el callárselo no fuera más que un poco de humor rural, una inocente novatada al forastero. El espectro, según comprobé después, no era peligroso.

Antes de continuar debo advertir que lo que vais a leer es una historia de fantasmas con ingredientes muy poco apetitosos: un tipo de ciudad (escritor, para más señas)

hereda una casa en el pueblo del que procede su familia y que lleva décadas sin visitar; un villorrio de mala muerte apartado de todo, cuyas gentes no reciben demasiado bien al protagonista; inmensos campos de centeno, un montón de chicharras y mucho sol; y el espectro de un niño (otro topicazo), cuya historia, encima, resulta del todo anodina.

Por aquí no vais a encontrar oscuros bosques susurran-tes, arcaicos túmulos funerarios o castillos medievales en ruinas (por este pueblo la Historia debió pasar de largo), ni menos aún sofisticados ritos paganos en honor de antiguos dioses. Esto no es *folk horror*. Ya me gustaría. Y por si alguien se lo estaba planteando, no heredé Hill House.

Con un material como este, no sé si aconsejaros que sigáis leyendo. Aun así, me arriesgaré a contar mi historia. Una historia en la que, como es fácil deducir, tampoco me ocurre nada grave. ¿Quién contaría esto, otro fantasma? (Más argumentos manidos). O sea que no sufráis por el protagonista. O quizá sí debáis hacerlo, pero por otras razones.

Volver a aquella casa después de más de cuarenta años me provocó la misma sensación que experimentaba de niño: desazón y hastío. Por aquel entonces yo quería quedarme a pasar el verano en Barcelona, jugar en los parques de mi barrio, bañarme en la playa, pero mis padres, que habían escapado del pueblo antes de que yo naciera, se empeñaron en regresar allí en vacaciones para que el niño (yo) visitara a su abuela. Reconozco que nunca me gustó hacerlo. Y yo tampoco debía gustarle mucho a ella: pese a que sabía el miedo que me daba aquella inmensa extensión de espigas (se lo dije muchas veces), mi abuela se empeñaba en que debía jugar allí. Yo prefería quedarme en la casa, refugiado del calor y de las chicharras.

Interrumpo un momento mi narración para hablaros de las chicharras. Desde niño se me pone la carne de gallina con solo escuchar su canto (sustantivo demasiado amable para aplicarse a ese insoportable chirrido). Cada uno de los días que pasé en casa de mi abuela me desperté sobresaltado por culpa del atronador concierto que se iniciaba justo en el mismo instante en el que el primer rayo de sol irrumpía sobre los árboles. Las horas se me hacían eternas esperando que llegara la noche y el silencio. Imaginaba los árboles repletos de chicharras, compitiendo por lanzar su canto más alto, esperando –más de una vez lo soñé– el momento adecuado para abalanzarse sobre mí. Por mucho que me quejara, mi abuela no dejaba de insistir en que saliera a jugar, que no era bueno pasarme el día metido en la casa. «¿Para qué vienes, si no?», me preguntaba con desdén. Mi respuesta era siempre la misma: «Porque me traen mis padres». A ella le daba igual: me agarraba de la mano («Los niños de ciudad sois unos flojos») y me sacaba afuera, a merced del sol y las chicharras, espantado por el rítmico vaivén de la inmensidad de espigas.

Por suerte, aquel tormento no duró demasiados veranos. No sé si por mis continuas protestas, o porque tampoco ellos aguantaban a mi abuela, a mis padres se les pasó pronto aquel arrebató familiar y empezamos a pasar las vacaciones en Galicia, bien lejos del calor, de las chicharras y de aquel poblacho en el que nunca llegué a hacer amigos.

Mis padres ya habían fallecido (en un accidente cuya narración no viene a cuento) y mi abuela no dejó otra descendencia, por lo que la casa pasó al siguiente en la línea de sucesión. Y sin hermanos a los que endilgar el muerto, tuve que quedármela.